

Os enseñaré a servir como Yo (Domingo XXVII T.O.)

DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: *Señor, me pongo en tus manos y me dispongo a escuchar tu Palabra. Envíame tu Espíritu Santo que me ilumine en esta lectura espiritual para que me haga descubrir lo que me quieres decir con este texto bíblico y pueda encontrar tu voluntad y vivirla con alegría. Amén.*

LEE

Con pausa, lee el evangelio varias veces, hasta que empieces a entenderlo.

Lc 17,5-10

⁵ Los apóstoles le dijeron al Señor: «Auméntanos la fe». ⁶ El Señor dijo: «Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: “Arráncate de raíz y plántate en el mar”, y os obedecería. ⁷ ¿Quién de vosotros, si tiene un criado labrando o pastoreando, le dice cuando vuelve del campo: “Enseguida, ven y ponte a la mesa”? ⁸ ¿No le diréis más bien: “Prepárame de cenar, cíñete y sírvenme mientras como y bebo, y después comerás y beberás tú”? ⁹ ¿Acaso tenéis que estar agradecidos al criado porque ha hecho lo mandado? ¹⁰ Lo mismo vosotros: Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: “Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer”».

ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

Meditamos hoy un fragmento del capítulo 17 del evangelio según san Lucas, concretamente una serie de dichos de Jesús. El primero tiene que ver con la fe (vv. 5-6) y el segundo versa sobre la humildad (vv. 7-10). Los discípulos, a lo largo de su vida con Jesús, habían oído muchas veces al Maestro exaltar la fe de los que le pedían curaciones. Ahora que ellos han recibido la tarea de ir a anunciar el Evangelio, caen en la cuenta de la dolorosa desproporción que existe entre la misión recibida y la pequeñez de su fe. En consecuencia, les brota del corazón esta invocación: **«Auméntanos la fe»** (v. 6).

Se trata de una buena petición, porque los discípulos no piden aquí dones materiales, no piden privilegios, sino la gracia de la fe, que es fundamental para toda la vida: la gracia de reconocer a Dios y mantener una relación íntima con él, recibiendo de él todos sus dones, incluidos los del valor y la esperanza.

A fin de suscitar todavía más el deseo de la fe en el corazón de los discípulos, Jesús les responde: **«Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: Arráncate de raíz y plántate en el mar, y os obedecería»**. La fe hace posibles las cosas humanamente imposibles. Cuando, en el Evangelio, se presenta a Jesús un enfermo con una actitud de fe y le pide la curación, le cura y le dice: «Tu fe te ha salvado» (Mateo 9,22; Lucas 17,19).

La segunda parte del evangelio nos presenta una enseñanza distinta: una enseñanza de humildad, que, sin embargo, no deja de tener relación con la fe. Jesús nos invita a ser

humildes. Pone el ejemplo de un criado que ha trabajado en el campo y vuelve a casa, y el señor le pide que siga trabajando aún. Según la mentalidad del tiempo de Jesús, el señor tiene todo el derecho a hacerlo. Por eso no le dice al criado *“enseguida, ven y ponte a la mesa”*, sino *“prepárame de cenar, cíñete y sírveme mientras como y bebo; y después comerás y beberás tú”*.

Ésta era la condición de los criados en la antigüedad. El señor de la parábola encuentra natural exigir a su siervo esta disponibilidad completa; no se considera obligado con él porque haya ejecutado las órdenes recibidas. Jesús nos hace tomar conciencia de que nosotros nos encontramos, frente a Dios, en una situación semejante: somos siervos de Dios; no somos acreedores respecto a Dios, sino siempre deudores, porque le debemos todo; la vida, la fuerza, etc. En consecuencia, Dios tiene derecho a exigirnos que hagamos su voluntad. Esto es algo normal, conveniente. Por eso no debemos asumir la actitud del que se considera acreedor frente a Dios, del que cree haberle prestado un servicio y merecer una gran recompensa. Es ésta una ilusión que puede nacer sobre todo en las personas que trabajan mucho al servicio del Señor. Nosotros, en cambio, debemos ser conscientes de que, en realidad, no hacemos nunca bastante por Dios. Debemos decir, como nos sugiere Jesús en el evangelio: **“somos unos pobres siervos”**.

Ninguno de nosotros es indispensable: Dios podría prescindir de nosotros. Lo que hacemos nosotros, Dios podría hacerlo con mayor facilidad de otros modos. **“somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer”**: esto es una actitud de humildad, una actitud que nos pone de verdad en nuestro sitio. En el contexto la expresión -siervos inútiles- no significa “siervos ineptos” sino simplemente siervos (y no amos); por consiguiente, su misión es sólo la de servir. Mejor todavía, auténticos siervos que disfrutaran poniéndose al servicio.

Y si nos ponemos en nuestro sitio, el Señor se mostrará muy generoso con nosotros. En efecto, en otro fragmento del Evangelio nos promete que **“se ceñirá, los hará recostarse a la mesa y les irá sirviendo”** (Lc 12,37). El mismo Hijo de Dios asumió frente a los discípulos la actitud del siervo, lavándoles los pies. De este modo, manifestó a los discípulos la generosidad divina. Pero digámoslo una vez más, esta generosidad no se nos puede manifestar si somos soberbios. Debemos mostrarnos, por el contrario, humildes, como el mismo Jesús se mostró **“manso y humilde”** de corazón (Mt 11,29). Entonces estaremos en el camino adecuado. Estaremos en compañía de María, que dijo: “se ha fijado en la humildad de su esclava”.

HABLA CON DIOS (REZA)

Vuelve a leer el texto e imagínate todo como si presente te hallaras.

Lo que Jesús pide es precisamente una actitud de profunda humildad, de desprendimiento de uno mismo, de no tener pretensiones; sólo así podrá hacer espacio el discípulo a la omnipotencia del Señor. Es preciso que el discípulo se acepte como pequeño, pobre, siempre insuficiente ante la gran tarea que Dios le confía. El Señor Jesús quiere que no nos creamos importantes o indispensables en el Reino. No cuentan las obras que nosotros podamos hacer, que acaban por volvernos, poco o mucho, orgullosos. No es ésta la lógica para la que el Señor nos quiere educar. Sólo Dios basta, nada le es imposible (Lc 1,37). Cuando hayamos hecho todo lo que estaba en nuestro poder, será una gracia que crezca en nosotros la conciencia de que **«si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles»** (Sal 126,1), y seremos bienaventurados porque confiaremos en el Señor.